

al papa a la burla de sus enemigos y contribuir a la desdicha de los cristianos.

91. Por tanto, si las indulgencias se predicasen según el espíritu y la intención del papa, todas esas objeciones se resolverían con facilidad o más bien no existirían.
92. Que se vayan, pues, todos aquellos profetas que dicen al pueblo de Cristo: "Paz, paz"; y no hay paz.

93. Que prosperen todos aquellos profetas que dicen al pueblo: "Cruz, cruz" y no hay cruz.
94. Es menester exhortar a los cristianos que se esfuercen por seguir a Cristo, su cabeza, a través de penas, muertes e infierno.
95. Y a confiar en que entrarán al cielo a través de muchas tribulaciones, antes que por la ilusoria seguridad de paz.

Wittenberg, 31 de octubre de 1517.

La Reforma y la Contrarreforma: hechos capitales de 1517 a 2017

Mario Yepes Londoño

La importancia del conflicto de la Reforma Protestante de 1517 y la de su enfrentada consecuente, la Contrarreforma Católica, estaban garantizadas para su trascendencia hasta nosotros: su caja de resonancia estaba siendo construída y puesta a punto en pleno Renacimiento; es decir, en la primera globalización verdaderamente global de la historia. Roma había hecho la suya, enorme por sus alcances culturales y políticos, sin límites en el mundo conocido; había recogido a plenitud la herencia griega y cargado con todo el botín multifacético de los pueblos conquistados en Europa, Asia y África. El propio cristianismo se extendió por los caminos, los puentes y sobre todo las instituciones que construyeron, primero la República y luego el Imperio, y sirvieron para configurar una nueva significación de la palabra Roma: a lo largo de la Edad Media, en una lucha cruenta y sin tregua, Roma llegó a transformarse de capital del Imperio de Occidente, en la cabeza de uno nuevo, el a veces aliado y a veces enemigo de los príncipes cristianos europeos, el más poderoso y permanente como dueño que era de las conciencias, el árbitro de las disputas desde los órdenes teológico y fi-

losófico hasta el de la geografía política. Pero Roma, así la pagana como la cristiana, pese a la premonición de Séneca sobre la apertura de los mares, no había sospechado la dimensión que conocerían, en los siglos XVI y XVII, Galileo, Copérnico, Erasmo, Bruno, Carlos V o Enrique el Navegante; o Magallanes y Colón, Cervantes, Leonardo, Bacon o Shakespeare. (En todos estos nombres está representada la ortodoxia o la heterodoxia de la época). A la Roma de antes, la de Tiberio o el apóstol Pedro, a la de San Agustín o Abelardo, les faltaba más de medio mundo.

Cuando Martín Lutero se enfrenta con esta nueva Roma del papado, aún tan poderosa pero profundamente cuestionada e incluso combatida en el terreno militar, y enfrentado con los príncipes cristianos que lo condenaron (españoles, portugueses, italianos, franceses y un temprano Enrique VIII "defensor de la fé", antes de su propia Reforma anglicana); aliado como estaba el monje agustino con otros príncipes, como varios alemanes que lo respaldaron a ultranza, ya la lucha política de todos ellos estaba planteada: abierto el mundo que

ahora se veía sin límites y que prometía más hallazgos, la cuestión sería la de siempre: a quién correspondía su dominio, el del Atlántico y luego el del Pacífico. A la larga, más allá de los Concilios y de las disputas teológicas, pero invocándolos como testimonio ante el Cielo de la legitimidad de cada quien, de cada región de Europa parten marinos, conquistadores, misioneros, funcionarios, que van hacia el Oriente, el de Cipango o de Catay, o el subcontinente de la India; hacia el África interior y de las islas; hacia el Caribe, el norte, el centro y el sur de la América que por ahora sólo tiene nombres regionales, todavía “salvaje”, explorada y promisoría hasta la demencia de la ambición, y habitada por seres sin alma mientras el Papa no se pronunció en contrario, interesado en las nuevas conciencias por dominar que de eso se trataba.

En casa, en Europa, la disputa territorial tiene todavía las diversas dimensiones que se están enfrentando desde siglos: entre señores feudales de diversos alcances económicos y militares por cuestiones más o menos domésticas y regionales; entre ellos y sus pecheros y siervos de la gleba, como en la tremenda disputa de los campesinos alemanes en la que intervendrá Lutero, la narrada por Engels y por la historia de antes y después; o por Goethe en *Götz von Berlichingen*; o la de los Comuneros de Castilla contra Carlos V; la disputa por cuál será el que ponga a los demás bajo su yugo y a tributarle y aportarle mesnadas (como en las obras de la Crónica Histórica de Shakespeare o en Lope de Vega o Calderón): las definiciones que han de conducir a la creación de las monarquías absolutas y de los Estados Nacionales y eventualmente a los imperios que se enfrentarán hasta las guerras mundiales del siglo XX y llevarán a las luchas de descolonización. Ahora, no seguir obedeciendo a la Roma del Papa Medici, León X, es darse el permiso para no obedecer a Carlos I de España y V de la Alemania del rebelde Lutero. España se enfrenta con todos: alemanes, checos, polacos, france-

ses, flamencos -como en *Egmont* de Goethe-, y los ingleses que le darán la pelea durante tres siglos y mantendrán viva la asociación entre la política y la Reforma, en la metrópoli y en las colonias.

La Reforma y la Contrarreforma tienen que ver con todo ello. El Gran Cisma de Occidente es, pues, también del Oriente, el Norte y el Sur. Incluso los países escandinavos y los del Este de Europa intervendrán en las Guerras de Religión, especialmente en la Guerra de los Cien Años y la De Los Treinta Años. Nadie se libra de esta guerra que sólo fue religiosa para los que no sabían en verdad a qué altísimos propósitos estaban sirviendo como carne de cañón, de arcabuz, de lanza, de flecha y de espada, propósitos nunca tan altos como el Cielo que se les ponía en el horizonte de sus dolores meritorios. Los clérigos y los intelectuales se demoran en infinitas discusiones sobre las innumerables cuestiones teológicas de las copiosas herejías que las sostienen. Pero tampoco en ese territorio de la Europa reformada hay unanimidad ni acuerdo ni paz. Luteranos, Husitas, Calvinistas y Calvinistas Hugonotes, Anglicanos, la Iglesia Escocesa heredera de John Knox, para sólo citar las más grandes, no las tienen todas consigo ni aspiran a una imposible iglesia universal. Y la Católica, irónicamente, conserva ese nombre que significa universal cuando cada vez lo es menos, tras el Cisma.

El resultado de la gran disputa política es que el, ahora sí, Globo terráqueo se va a dividir en lo que hemos heredado: separados por la ideología sobre el destino del ser humano en este mundo y frente al grave problema de la salvación en la otra vida, los dos grandes bloques sostendrán: los reformados, la predestinación a la salvación y la obligación de cumplir mientras se vive el plan de Dios en la vida presente, enriquecerse porque la pobreza es pecado, vivir una vida de rigurosas costumbres al servicio de Dios y del trabajo honrado conducente

a la producción y al comercio incesantes y a la acumulación y el rendimiento del dinero; la movilidad para el acenso social dependen de ello; las buenas obras podrán llevarte a la predestinación por Dios. De aquí resulta que los países reformados (con escasas excepciones regionales, todo el norte de Europa y la Francia de Enrique IV; recordemos *La masacre de París*, de Marlowe); las islas británicas excepto la Irlanda del Sur y los mínimos reductos de los seguidores de María Estuardo; el Norte de América colonizado por diversos pueblos reformados, y el Sur del África de holandeses y alemanes y tal cual colonia con los mismos inmigrantes, se convertirán en el natural asiento del capitalismo moderno. El Norte próspero, imperialista de mayor duración que el otro, el latino.

Los católicos responden en este punto con la doctrina del libre albedrío que te obliga a conducirte en la vida con arreglo a los mandamientos pero sobre todo al orden y los códigos de la Iglesia; típico del pensamiento medieval supérstite, tu papel en este mundo sí obedece a una predestinación por parte de Dios: ocupas el lugar (pobre, rico, humilde o poderoso) que Él te ha destinado. La vida que importa, la verdadera, es la eterna; por ello no importa que sufras en esta vida mortal porque en la otra tendrás tu recompensa. Acumular riquezas en esta vida sólo tiene mérito ante Dios si ejerces la caridad, pero hace más difícil tu entrada al Cielo. Por obra de la conquista y la colonización ejercidas por España y Portugal o la Francia católica, toda Suramérica, Centroamérica y algunas islas del Caribe, así como la Irlanda y la Polonia católicas y algunas colonias importantes del África, van a constituir el mundo del subdesarrollo o del capitalismo deformado.

Para completar el cuadro, vale la pena señalar que los países eslavos, principalmente la Rusia zarista, escaparían a esta disputa geopolítica y religiosa: aparte de la distancia geográfica y cultural que sólo será salvada a partir de la

época de la Ilustración, su ideología religiosa es desde la primera Edad Media la heredada del cristianismo ortodoxo griego, vehículo además del alfabeto y luego de la literatura.

Para los católicos, los “papistas” como son llamados despectivamente por los reformados, aún tras una vida de pecado, para llegar después de la muerte a la única vida verdadera del Cielo, bastará con que te arrepientas en el último instante y Dios se acordará de ti; es posible que por tus pecados no puedas alcanzar de una vez la gracia del Cielo, pero puedes alcanzarla después de muerto con una temporada en el purgatorio, y aún de éste puedes librarte si obtienes indulgencias que la Iglesia generosamente ofrece para ti con distintas formas de asidua oración que rinden beneficios; también éstos se pueden incrementar si compras las indulgencias, ya no sólo para ti mismo sino para tus parientes o amigos.

Esto subleva a Lutero. En su momento, a Alemania ha llegado un predicador de la venta de las indulgencias, el dominico inquisidor enviado por el Papa mismo, de nombre Johannes Tetzel: el promotor de un vulgar mercado de la salvación que Lutero no dudó en calificar de nueva simonía. La justificación de este negocio era que los fieles de toda la cristiandad debían contribuir a la terminación de la Basílica de San Pedro en Roma; ya no sólo se trataba del problema teológico y de la burla a los fieles, sino de la acentuación del centralismo de la Iglesia, que explotaba a los cristianos de todo el mundo para la pompa de los príncipes romanos. Este era uno de los puntos que Lutero resentía; para él, cada comunidad regional debía tener como autoridad a su obispo, y la supremacía del pontífice, casi siempre italiano, era especialmente sensible dada la circunstancia política señalada.

Lutero comprueba que las instituciones cristianas ya no son las de la idea primitiva; que el ansia de poder y de riqueza de la institución

Von den Jü-
den vnd iren
Lügen.

D. M. Luth.

M. D. XLIII.



clerical, tan extraordinariamente representado por ese poder sobre la conciencia, para fines nada espirituales ni trascendentes, y en la apariencia exterior e interior de templos y palacios de los príncipes de la Iglesia; descentrados los cristianos de lo esencial en la creencia y la moral, manifestado en el abandono de la fé, de la solidaridad y de las puritanas costumbres, tanto como en la renuncia a la idea exclusiva del Cristo redentor y de la creencia en la Trinidad para sustituírlas por una constelación de devociones de los santos y las vírgenes.

La propia identidad de la comunidad cristiana debía ser reforzada con una reestructuración del culto litúrgico, en templos de severa arquitectura con la sola imagen de Cristo y empezando por ceremonias cumplidas en la lengua vulgar del país. El propio Lutero dio el ejemplo de lo que debía convertirse en la apropiación de la palabra religiosa mediante la tra-

ducción que emprendió de la Biblia al alemán común: él consideraba que el libro sagrado no tenía por qué ser interpretado por la ortodoxia de los representantes del papado, sino por la libre lectura de los fieles. De paso, de esta manera, al abandonar para este propósito el latín y el griego, las lenguas no sólo de la Iglesia sino las universales de los académicos, y con su traducción de la Biblia, Lutero contribuyó decididamente al establecimiento del alemán corriente como lengua literaria. Este ejemplo, como el de la música y los demás elementos del culto, sería imitado por las demás confesiones reformadas.

Mario Yepes Londoño es investigador y docente universitario. Fue fundador del grupo de teatro El Tablado y de la Escuela de Teatro de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.

La reforma luterana y la música

Gustavo Yepes Londoño

Martín Lutero fue un monje agustino que terminó rebelándose contra la autoridad de Roma durante el reinado de León X, a quien tocaron en suerte, no sólo la escisión del primero aquí mencionado, sino la de la Iglesia anglicana liderada por Enrique VIII de Inglaterra, dentro del fenómeno general del llamado protestantismo, que involucra a otros dirigentes reformadores, unidos por su rebelión contra la autoridad papal fincada en Roma y que corresponden a nombres tales como Melanchton, Hus, Calvino y Zwinglio, y a iglesias como la calvinista y la anabaptista suiza, además de las ya mencionadas luterana y anglicana. Todo ese panorama se debió a una

crítica cada vez más dura contra aspectos doctrinales dentro de la misma Iglesia, por parte de teólogos que no querían aceptar lo que consideraban falso y que quería imponerse por simples argumentos de autoridad, o mejor, de autoritarismo, así contara el papa con el apoyo de muchos príncipes y, muy señaladamente, del emperador Carlos V. Entre las diferencias de doctrina se hallaban temas como la venta de indulgencias por parte del papado, el privilegio que la sede católica central romana se abrogaba de la interpretación de las escrituras sagradas, la redención por la sola fe como la predicaba Lutero, y muchas otras divergencias doctrinales que terminaron por escindir el